

Metamorfosis trans: Cuerpo e identidad transgénero en trabajadoras sexuales travestís

José Miguel Labrín Elgueta

Universidad de Chile

jmlabrin@u.uchile.cl

El presente artículo describe la incidencia de la intervención corporal en las construcciones de identidades de género en una muestra de personas transgéneros, vinculadas al comercio sexual autorreconocido como “travesti” en Santiago de Chile. A través de una investigación cualitativa, se pretende poner en tensión la idea del cuerpo como un límite biológico de la subjetividad con prescindencia de la cultura, como también problematizar su transformación travestista en tanto ajuste genérico sexual normativo. Así, el cuerpo emerge como una condición simbólica en constante cambio, cuya significación puede rastrearse desde el análisis biográfico de las personas travestís y sus estrategias de generización.

El texto aporta nuevas dimensiones para el estudio del travestismo, a partir de una crítica fundamentada a las principales corrientes de investigación desarrolladas a la fecha.

Introducción: Primeras distinciones de las identidades sexo genéricas en lo trans

Desde el psiquiatra alemán Magnus Hirschfeld creara el neologismo “travestismo” para definir aquella *tendencia –pulsión– a vestir contrariamente a lo que su “sexo original determina”*, se sitúa un campo de estudio que, a cien años de su primera conceptualización, sigue siendo fructífero para la reflexión, pero a su vez, lleno oscuridades. Esto porque más allá de que la primera aproximación al fenómeno

fuese desde un paradigma psicoanalítico, la medicalización logró instalarse casi como una condición sine qua non de la investigación de lo travesti, en un periodo donde el estudio de la diferencia sexual se erguía desde la defensa de la patología y sus consecuencias sociales.

Evidencia de lo anterior es la descripción del médico alemán W. Westphal, contemporáneo a Hirshfeld, quien se refirió al travestismo caracterizándolo como "forma de sentir sexualmente contraria, situación en la que un hombre manifiesta una sensibilidad femenina y padece angustia cuando intenta refrenarse: la angustia solo cesa cuando logra expresar su manía" (Gilberto, 2000, 46).

Junto a la categorización psiquiátrica, la preocupación por lo travesti produjo una experimentación de técnicas de intervención sobre el cuerpo como un mecanismo de control de la alteración mental. En los años veinte, el endocrinólogo Harry Benjamin innovó al usar tratamiento hormonal a una persona autorreconocida como transexual. En 1931 tuvo lugar la primera cirugía de cambio de sexo, realizada a una pintora, Lili Elbe, falleciendo poco después. En 1931, en 1947, dos veces en 1950 y una en 1952, se conocen casos de creación de neovaginas hasta que Christine Jorgensen, operada en Dinamarca entre 1951 y 1954, alcanzó notoriedad mundial, al tratarse del primer caso exitoso de una cirugía de reasignación sexual.

En 1953, el mismo Benjamin, en un artículo publicado en el *International Journal of Sexology*, fue quien acuñó científicamente el concepto. Desde entonces, se establece una sexología de la transexualidad, que desembocó en la tipificación del travestismo recurrente como "Síndrome de Disforia de Género", un desorden de la personalidad basado en la discordancia entre la asignación genérica y el sexo congénito.

Esta definición permitió una diferenciación sobre el travestismo: el uso de vestir ropajes diferentes no determinaba la condición psiquiátrica transexual. Mientras el travestismo podía observarse sólo desde la satisfacción del placer, la transexualidad apelaba a una definición identitaria.

El aporte de Benjamín obvió las dimensiones culturales entre identidad, sexo y travestismo. Lo que para la medicina y psiquiatría eran relaciones que se determinaban mutuamente, las experiencias de la sexualidad en las sociedades occidentales pre-cristianas cues-

tionan su vinculación lineal. Lo mismo en sociedades indígenas, donde las personas travestis en su vida religiosa o en su estructura social son legitimadas, algo que perdura en zonas rurales de México o Filipinas (Cardín, 1984, 68).

Incluso la reasignación sexual existe en antiguas culturas asiáticas. La castración, entendida como liberación del cuerpo del sexo original, es practicada por las Hijras en India: pese a su marginalidad, se someten a una ceremonia de cambio sexo, cuya supervivencia es cuestión de suerte. Este acto conciente y de compromiso con las hermanas, las llevan a vivir en comunidad, cuidadas por aquellas de mayor edad. En pequeños grupos, las Hijras viven de la prostitución o el servicio doméstico, aunque también reciben ingresos rituales al ser consideradas como traedoras de buena fortuna en matrimonios y nacimientos. Actualmente, muchas de ellas han optado por no someterse a la emasculación y viven en una condición travestista (Nanda, 1998).

En occidente, el triunfo de la moral cristiana suprimió durante un milenio y medio cualquier reconocimiento público del travestismo, salvo excepciones en la configuración del arte (por ejemplo en el teatro isabelino), el relato épico y la exotización de los nuevos territorios conquistados en la expansión moderna del mundo. Empero el reconocimiento sociocultural de las dimensiones de vida colectiva de personas transgenerizadas solo tendrá cabida en occidente durante el siglo XX, a través de un proceso extenso de cambio ideológico sobre el cuerpo, el sexo y la identidad.

Si bien las diferencias sociales asignadas a hombres y mujeres en culturas temporalmente cercanas, fueron presentadas por Margaret Mead en sus estudios sobre Nueva Guinea –“Adolescencia, sexo y cultura en Samoa” (1928), “Sexo y Temperamento” (1935)–, fue el desarrollo de una perspectiva médica el elemento catalizador que renovó la discusión sobre el dimorfismo sexual puesto en social. La inscripción del concepto de Identidad de Género por el Dr. John Money a fines en 1959, permitió establecer desde el campo legitimado de investigación médica, la disociación –y al mismo tiempo, problemático vínculo– entre la incidencia de la biología y la cultura en la construcción de la identidad en la diferencia sexual. El aporte de Money fue considerar que la educación y los procesos de encultura-

ción están a la base de la construcción identitaria, con prescindencia de la diferencia sexual manifiesta.

Esto presupone un quiebre epistémico, puesto que la investigación médica validaría el desarrollo de posturas antiesencialistas, convergente con las reivindicaciones de cambio social propugnadas en la época. La emergencia del concepto género se transforma en el argumento capital del nuevo orden sociosexual: la diversidad identitaria.

Sin embargo, gran parte del desarrollo intelectual de estos 30 años en la "teoría de género" se ha instalado desde la discusión del binomio sexo-género, donde las masculinidades y feminidades son su centro radial. La orientación de estas investigaciones desplazó la pregunta por el cuerpo en tanto objeto de estudio, para situarse en la exploración sobre los modos de ser varón o ser mujer en diversos contextos posibles a nivel identitario, representacional o perceptual. La construcción genérica se situaría como un proceso desde el hacer cultural y por lo tanto, la asignación simbólica frente al cuerpo entendido como una materialidad asumida como dada.

Si bien la distinción anatómica sexual resultaba relevante, lo capital de la diferencia del ser varón o el ser mujer, respondería a la forma en que aquellos elementos simbólicos que circulan en la sociedad aparecen como ámbitos delimitados de lo masculino o femenino. En opinión de Ramos Escandón el género sería un conjunto de relaciones que, con base a las características biológicas, regula establece y reproduce las diferencias entre hombres y mujeres (1991, 12).

El argumento que subyace es que la identidad de género es un fenómeno cultural que supera las limitaciones de la voluntad individual: sería en los ámbitos discursivos, representacionales, en la socialización y enculturación, y en todos aquellos vínculos donde el sujeto interacciona, donde se funda y valida la identidad genérica.

Por ello, aunque es posible encontrar referencias genéticas, cromosómicas o morfológicas en la asignación del sexo y para la definición de un cuerpo masculino o femenino éste sólo adquiere dimensión identitaria cuando es partícipe de una cultura específica. La administración cultural del cuerpo delimita el accionar del propio sexo, incluso en tanto apropiación e identificación del sujeto que lo vive.

Hacia una perspectiva teórica sobre lo travesti transgénero

La ubicación del estudio de lo trans al interior de un espacio científico implica reconocer las diversas alternativas que han de delimitado teóricamente el problema de los cuerpos diferentes y su normalización. El carácter multidisciplinario del fenómeno así como su emergencia en tanto objeto de estudio contingente, plantean el desafío de situarlo siempre de manera compleja en un diálogo que asume el desarrollo epistémico de las ciencias sociales y, al mismo tiempo, las tensiones propias del debate biología-cultura.

En este marco, empero, los hallazgos de la investigación obligan a establecer una opción: una perspectiva anclada en una antropología no solo del cuerpo, el género o la sexualidad, sino ante todo de una antropología de la subjetividad.

Dicha orientación responde críticamente a las tendencias con mayor producción académica. Una revisión somera del estado del arte de la investigación empírica de lo travesti, revela un predominio de una posición constructivista. Y en ella, dos corrientes principales: el reconocimiento de un proyecto viable de múltiples géneros, o bien donde el travestismo emerge –ajeno a toda patología– como un proceso de reforzamiento genérico que exagera la referencia, en este caso, lo femenino y la feminización.

La primera tendencia cuenta con defensores particularmente en la antropología anglosajona y centroeuropea. Imbuidos en los trabajos de Harold Garfinkel en personas hermafroditas en los 60, Barbara Voorhies (1978), Will Roscoe (1996) y Anne Bolin (1996) establecieron que el dimorfismo sexual –si bien relevante–, no es en sí mismo un factor de identificación bipolar. Pese a que la referencia está dada en mayor o menor grado por un ideal orientadora de la construcción genérica, siempre se plantea como una relectura, una significación compleja de lo femenino, lo masculino e incluso, lo propiamente trans. Con matices, quienes propugnan la creación de los múltiples géneros rechazarán que lo travesti transgénero sea una hiperbolización de lo femenino encarnado en un deseo heteronormativo, de constante subordinación corporal, social y política.

Por oposición, autores como Victoria Barreda, Helio Silva, Richard Ekins y Annie Woodhouse, pondrán el énfasis en las motivaciones que inciden en la transformación transgénero, analizando los factores contextuales que reproducen y legitiman el travestismo en el comercio sexual. Woodhouse asevera que el travestismo acumula tanto roles como identidades posibles, fundadas en gran medida por un intento de concretar la fantasía de lo femenino como una proyección hacia el estereotipo de género dominante. "Las travestis ven al género como algo que está rígidamente demarcado: masculinidad y feminidad y, en este sentido, refleja los roles de género tradicionales, autoexcluyentes entre sí" (1989,62)

Sin embargo, los resultados del estudio proponen una observación que trasciende estas perspectivas. A partir de los hallazgos, se propone una discusión sobre la pregunta por la configuración de lo travesti transgénero, en tanto un proyecto de construcción de un sentido de persona. Este proceso reconoce una biografía explicada por la condición cultural y política de la existencia, donde el cuerpo emerge como una materialidad simbólica historizada y disponible para ser autogestionada.

Esto recoge el principio de la corporización (embodiment) de Thomas Csordas (1990), como un paradigma que permite articular las dimensiones complejas propias de la percepción, la emocionalidad, la conciencia de sí y, por cierto, la delimitación corporal del yo. Con ello, el cuerpo se observa más allá de sus usos, costumbres, estilos o modos de vida que una antropología tradicionalmente constructivista pueda desarrollar; más bien, se reconoce su definición paradigmática como un campo de la experiencia total que delimita la observación de la cultura.

Es por ello que esta existencia se codefine en un cuerpo (Merleau Ponty, 1994), admitiendo la condición de este último en su dimensión objetual perceptiva y perceptible. Mientras por un lado se orienta desde él una posibilidad de ser en un entorno mediado por las condiciones sensoriales que le entrega al sujeto, al mismo tiempo, se configura un visión del cuerpo como un ente perceptible: el cuerpo trans es objeto de una distinción doble donde la percepción y cambio corporal se coordinan en la definición de la identidad.

Las referencias de este estudio reconocen que la transformación, como ámbito mayor de la pregunta por lo trans, reenvía a la pregunta por la acción. El existir reconoce un devenir donde el cuerpo encarna lo social: las modificaciones sustantivas sobre él se pueden explicar como una dimensión política de la subjetividad, donde no solo se define una normalización, sino una posibilidad de ser y estar, un habitus –en estricto sentido bourdiano– donde se estructuran las condiciones del vivir y de agencia, en tanto reacción del cuerpo frente a dichos esquemas.

Desde este punto de vista, la generización es uno de los mecanismos de reproducción, control y sujeción propio del campo cultural occidental; así, la transformación implica reconocer la categoría política del cuerpo al momento de traspasar el límite cultural con el límite físico, en un entre-medio de la cultura (Bhabha, 1996) que genera nuevas condiciones de observación mutua entre cuerpo individual y el cuerpo social.

El trabajo de Mariluz Esteban (2004) permite reconocer dicha gestión sobre la intimidad y las perspectivas de acople identitario en procesos autogestionados de transformación, más allá incluso de la reasignación sexual normalizadora. La autora plantea que frente a cada configuración identitaria se establece como necesario reconocer cómo la plasticidad del cuerpo ha ido acompañada de acciones de intervención, que aproxima al sujeto del deber-ser, al desear-ser. Estos itinerarios corporales como les denomina son parte de toda dimensión biográfica, siendo solo reconocidos como relevantes en la observación social cuando culturalmente se transgrede los límites de cuerpo como validación de una determinada identidad.

Dicho de otro modo, para Esteban el cuerpo en su carácter construido deslinda también dimensiones políticas de gestión social. Las posibilidades efectivas de inclusión o exclusión social, de patologización, normalización o reconocimiento identitario estarán altamente orientadas en cómo dichos itinerarios transiten por las vías legitimadas del cuerpo, donde la trasgresión implica sanciones igualmente corporales.

Es la reflexión corporal la que va guiando las acciones de hombres y mujeres permitiéndoles, en circunstancias y coyunturas concretas, reconducir sus itinerarios y resistir y contestar a las estructu-

ras sociales... Identidades y prácticas de géneros siempre encarnadas, que están configurando formas alternativas de autoconciencia y acción que comportan inevitablemente el surgimiento de sujetos nuevos. (Esteban, 2004, 64-65)

Esto no implica obviar las condiciones estructurantes existentes hoy desde la figura de la enculturación sexo genérica, y cómo una diferencia continúa medicalizándose como disforia de género. Se asume, más bien, que dicha normalización plantea un relato, en tanto genealogía del conocimiento de lo trans, que orienta el alcance o estatus social y epistemológico del objeto de estudio. Visto desde una herencia foucaultiana, la opción por el análisis de lo trans se justifica al reconocer las condiciones discursivas temporales en las cuales emerge la nominación de una otredad.

Así, el cuerpo se rehistoriza constantemente y establece un sentido inscrito en la materialidad lábil: nada en lo corpóreo pertenecería a lo extra social, desacralizándolo cuando se le institucionaliza en función de la práctica, uso, disposición o ubicación espacio-temporal. En la obra de Foucault encontramos una concepción del cuerpo en tanto material de inscripción del poder y como espacio de individuación, que define “el individuo normal o anormal, dentro o fuera de la regla; saber éste que, en verdad, nació de las prácticas sociales de control y vigilancia” (Foucault, 1972)

El quiebre que propone Foucault, será parte de un legado que continuará desplegando los estudios *queer* y que tiene entre otros exponentes los trabajos de Judith Butler (performatividad), Donna Haraway (híbridos cyborg), Rosi Braidotti (nomadismo y subjetividad) y Beatriz Preciado (contrasexualidad); todas ellas circunscritas en lo que podríamos denominar una conceptualización del cuerpo postgenérica.

Esta tendencia permite para el presente estudio la revisión del mismo concepto de género y su operatividad actual en contextos donde la identidad deviene en fragmentaria e inestable, como vendría a comprenderse lo trans. En las autoras citadas se establece un descrédito al “género” como elemento crítico y reconocen su carácter eminentemente contingente como parte de un registro contemporáneo de la relación cuerpo / sexualidad. Así, pese a las diferencias y alcances de sus propuestas, responderían a ubicar la crítica

del binarismo no sólo como un hecho de análisis de la diferencia, sino un sustento para un pensamiento crítico-feminista capaz de reorganizar, desde la condición política de las subjetividades, nuevos escenarios complejos de transformación social actual.

Tal como lo plantea Preciado (2008), se establece en la sociedad occidental una definición de biocódigos del género donde lo reconocido desde la diferencia participa en lo social. Con ello, el género se establece desde el registro de la ficción, un sentido que condensa saberes personales sobre-sí-mismo en donde se concentran un conjunto de prácticas y discursos. La relación cuerpo-individuo-opción sexual-género deja de ser única y se correlaciona con las condiciones contextuales donde este surge y se legitima en dispositivo que, al contrario de la docilidad de los cuerpos enunciada por Foucault, favorece la autogestión que aprovecha los intersticios no nombrados para re-construirse. Entre la disciplina corporal impuesta por los regímenes de género y la potencial subversión de dichos patrones, incluida la condición nómada y la aplicación de una tecnología fármaco-pornográfica, se encontraría el travestismo transgénero.

Diseño de la investigación

Uno de los primeros aspectos para delimitar un abordaje desde las ciencias sociales al fenómeno travesti ligado al comercio sexual, implicaba tomar opciones metodológicas que pudieran permitir el levantamiento de información para indagar en el proceso general de autopercepción identitaria, las definiciones que dan al proceso de transformación, y así situar dichas posibilidades en el contexto del ejercicio prostibular, la emergencia del espacio público y la reivindicación política centrada en la diferencia genérica. En este cruce entre la experiencia biográfica y el entorno, se consideró pertinente desarrollar una reflexión sobre la transformación corporal de las personas trans.

Se consideraron dos niveles para el trabajo. En primer término, definir una muestra que ajena a todo criterio de representatividad, si fuese lo suficientemente significativa del objeto de estudio. Frente a esto, se optó por un muestreo teórico que cubriera aquellas variables que incidieran en la definición identitaria: edad, partici-

pación en el comercio sexual, autodefinición transgénera e inicio de la transformación corporal fueron los criterios aplicados. Luego de un proceso etnográfico de acercamiento a los principales colectivos y espacios de sociabilidad travesti –incluyendo zonas de comercio sexual trans en Santiago Centro–, fue posible acceder a cinco sujetos.

Para el levantamiento de información se optó –debido al carácter cualitativo y exploratorio del estudio–, utilizar como procedimiento el uso de la entrevista en profundidad para la construcción de relatos biográficos paralelos. Esta se realizó durante el año 2006, con una segunda revisión en el año 2010. La interpretación se realizó a través un análisis de contenido; de esta manera, las entrevistas fueron consideradas como un registro de fenómenos sociales susceptible de ser categorizado y clasificado, con la perspectiva de establecer una reducción a categorías analíticas abstractas y así contrastar lo estudiado con las hipótesis de trabajo.

Después del proceso de transcripción, en los textos reconstruidos se distinguieron las dimensiones, como un primer proceso de reducción de datos. Esta primera fase permitió segmentar el texto desde las significaciones mayores que incidían en la construcción identitaria de género. El criterio central para su reducción fue ante todo temático, el cual a su vez, derivó en el reconocimiento de variables internas que incidían en la construcción del tema o unidad.

El reconocimiento de dichas variables dio paso a la categorización, que evaluó los grados de relaciones y sus posibles significaciones analíticas. Tras ello, se formularon los indicadores con la selección final y re ordenamiento de la información disponible. El presente artículo, por tanto, da cuenta de uno de los cruces realizados y no representa la totalidad de la investigación realizada.

Presentación de los resultados:

La externalización de la identidad

Uno de los hallazgos refiere a que la transformación corporal de las personas transgéneros recorre gran parte del trayecto biográfico, como un proceso constante e inacabado. Los relatos coinciden en que las primeras aproximaciones hacia lo femenino y la externalización culturalmente aceptada de éste, surgen en la temprana infancia.

Los niños trans, al igual de lo que ocurre con las niñas en similares edades, se apropian del ropaje de sus madres y hermanas, de tal manera de acercarse al estereotipo de género donde se produce la identificación.

Esta aproximación es vista como un primer juego infantil que permite un ajuste entre la identidad normativa polar (ser hombre y ser mujer) y la identidad performática de género en construcción: el ropaje prestado, la dimensión lúdica y en algunos casos teatralizada, apela a este enfoque. El primer travestizaje –en términos de vestir fuera de la experiencia normada– es solo en tanto quien observa el uso de la vestimenta y no así para el niño trans, siendo más o menos validada dicha acción dependiendo del tipo de familia en la cual se inserte.

Y mi hermana tenía unos vestidos, así como de las películas de la cenicienta, así pero preciosos. Me acuerdo de uno azul y uno blanco, con ruedo... Yo lógico que me los ponía y me juraba que estaba en el estreno... eran bonitos, preciosos, siempre me voy a acordar de esos vestidos... Y de ahí hasta que me casé me travestisé con la ropa de mi SEÑORA. Con maquillaje, nada más, con pocas cosas. Con panties, sostenes, calzones. (Sandra)

Este travestismo que se sitúa en el campo de lo fetichista –la identidad se desplaza en la apropiación de un objeto que representa la identificación posible–, se mantiene en lo privado, asumiendo progresivamente en el campo de lo público (y de la observación de los otros), una ambigüedad que pone a la vestimenta como parte del proceso previo a la transformación sustantiva. Con ello, la intervención corporal comienza desde lo más “visible”.

Siempre me vestí ambigua. Ponte tú, no me llamaba la atención un pantalón con un tiro tan largo. Estuve metida en lo estético, en el tema de la moda, siempre buscando, siempre meticulosa. No me gustaban esos pantalones, entonces optaba por algo ambiguo, algo que no tuviera esto ni esto otro. (Francisca)

En la externalización, el maquillaje ocupará un segundo orden: en una primera etapa desde lo privado –frente al espejo–, cuya exteriorización posterior en la preadolescencia, se relaciona al concepto de ambigüedad visual. Esa observación del otro que rescata la diferencia permite propiciar la identificación de la misma diferencia.

Así, el maquillaje no trasunta en máscara, sino en evidencia posible de diferenciación del "hombre" y del "homosexual".

El 21 de mayo era re bueno en Iquique con la cuestión de los marinos. Y total que llegué y estuve harto tiempo pero ahí no se podía vestir de mujer uno, trabajaba de cola no más, con ropa bien femenina, pero vestida de hombre y pintadita (Lucha)

Esto se correlaciona con la irrupción en lo público y el rol de las pares trans en el comercio sexual y en el espacio íntimo afectivo. El encuentro con lo similar desencadena una mayor aproximación hacia la transformación, siendo estas pares quienes legitiman e incitan el proceso de cambio corporal. No es menor que el uso cotidiano del vestuario, el maquillaje y la depilación corporal se dé durante el ingreso o vínculo más directo con el comercio sexual; de esta manera podría establecerse una relación entre la autonomía sobre la administración del cuerpo y la autonomía material enunciada.

Yo no iba para mi casa, no tenía ropa, no tenía nada y veía que todos ganaban plata y me decían "¿por qué tú no te pintai?, si te veís bien", "tenís voz de mujer" y yo no sabía que había que pasar como mujer también porque habían unas que pasaban como colas no más. Ya a los 15 años recién me vestí definitivamente de mujer". (Lucha)

Identidad, modificación quirúrgica y hormonización electiva

La modificación quirúrgica aparece como una de las últimas etapas de esta feminización. Esta intervención en la mayoría de las situaciones, implica no una cirugía convencional, sino la aplicación de silicona industrial en las zonas específicas donde según el discurso trans, se externaliza lo femenino: senos, glúteos, caderas y rostro.

Esta intervención es realizada por un travesti con experiencia y se realiza en un contexto protegido: sus pares cooperan en dicho proceso. Es recurrente que las personas trans cuantifiquen su transformación en términos de volúmenes de silicona administrada. Al igual como se apreciará más adelante con la sustitución hormonal, a mayor cantidad, mayor satisfacción con la intervención corporal.

Pero claro que me pondría pechugas, me arreglaría la cara! Voy a

ir poniéndome lo que más externaliza mi feminidad... Entonces por eso me pondría pechugas, me pondría un poco de silicona en la cara, feminizaría un poco mi aspecto. Porque si no, no me mirarían tanto... (Sandra)

Me gustaría tener pechugas, pero me cobran 150 mil por un cuarto de litro... Y para arreglarme la cuestión de los pozos. Aquí, pa' eso cobran 150 también, la cuestión de aquí de los pozos no más, porque yo no soy tan seca del culo. No tengo las piernas tan feas, no tengo ni músculos en las piernas, tengo las piernas gorditas, claro eso sí me gustaría hacerme... (Lucha)

La sustitución hormonal, entendida como la administración sistemática de anticonceptivos por vía oral e inyectable, es uno de los hitos más relevantes en la feminización del cuerpo transgénero. Por lo general, ésta comienza durante la adolescencia cuando se desecha la posición ambigua como un mecanismo para la observación de los otros. Se trata de un proceso donde la construcción de la identidad se afianza en un suerte de naturalización de lo femenino ya presente del sujeto trans.

Desde los quince.

—¿Por qué llegaste a las hormonas?

No sé. O sea, por el tema de femineizar (sic) mi cuerpo. (Francisca)

La validación de esta estrategia puede verse como una intervención conciente desde la dimensión biológica en un doble sentido: el primero donde las hormonas representan un potencial refuerzo a una "esencia" femenina mitificada, y lo segundo, como una contención del riesgo de lo masculino igualmente naturalizado, pero administrable.

Se me produjo una compensación dentro de lo que yo quería ser. (Silvia)

Pero, pero ponte tú, si esto me afecta.... porque mis hormonas masculinas están, si no desaparece, porque todos tenemos hormonas masculinas y femeninas y lo que estoy haciendo es afirmar las hormonas femeninas, pero tengo que tratar de eliminar las hormonas, a lo mejor no eliminar, pero si mantener a raya lo masculino. (Sandra)

Al mismo tiempo, la administración de hormonas da cuenta de una representación del cuerpo. La transformación no es legítima si no se acompaña con una percepción propia de la construcción de género de lo trans: las hormonas junto con aumentar busto, caderas y generar el adelgazamiento de la voz, son deseadas para reforzar una percepción de sí misma, un cambio que las ubique en un espacio distinto a lo masculino. Las construcciones culturales de género en las personas trans pertenecen a un espacio reflexivo, donde mente y cuerpo están en transformación constante.

Y ahí empecé yo a conversar con amigas, con las transgéneras antiguas, algunas están muertas. Y me empezaron a anotar las hormonas que tomara. Entonces ahí la mente me cambió a mí po'. Porque me fueron diciendo pa' que me transformara más a mujer. A mí me gustaba eso. (Joselyn)

La preocupación por la sustitución hormonal, genera un circuito de información y cambio. Las trans conocen a cabalidad el tipo de hormona a tomar y los efectos secundarios que una ingesta prolongada tiene. Sin embargo, la percepción del riesgo, al igual que en la transformación apoyada por la silicona, es vista como un costo necesario.

Yo no sabía que hacer y por internet empecé a hablar con gente, con travestis, homosexuales, entonces yo trataba de orientarme, qué tenía que hacer para hormonizarme... Y ahí una persona me dijo toma tal cosa y empecé a tomar eso para ver qué pasaba. (Sandra)

Sentía que quería ser más mujer, pero empecé a tener problemas porque engordé. Y la otra cosa es que en la noche lloraba. Me daba como una nostalgia, que me iba a morir y, o sea, se producía un tema diferente a lo que uno tiene ahora. Pero quería hacerlo igual. (Silvia)

Nuevamente el rol de los pares trans incide en la validación y valoración de esta estrategia. El circuito de amistades sitúa la necesidad de la sustitución, y al mismo tiempo, genera el valor asociado a ella: una trans con senos propios, naturales, representa un marcador diferencial del éxito de la transformación.

Soy casi la única que tiene los senos naturales, con hormonas. Y prácticamente la única porque todas, la mayoría que tienen senos pueden tener una silicona. Pero, los míos fueron senos naturales.
(Silvia)

Identidad, nombre y cambio de sexo

La experiencia del cambio de nombre no es algo casual para las personas trans. Implica un reconocimiento público de su identidad, razón por lo cual, este surge no de la decisión privada sino de las relaciones que las transgéneras –en determinados trayectos biográficos– sostienen. Por lo general las primeras aproximaciones de nombre femenino surgen desde la inserción en el mundo de sus pares y particularmente en el trabajo. Estos nombres apelan a personalidades femeninas reconocidas, o bien se vinculan a mujeres con las cuales han sostenido algún tipo de relación provechosa.

En vez de iniciarme en la prostitución, me inicié como una artista. Con mi nombre fabuloso Romina. (Joselyn)

Con la ayuda de estos colas y él me puso Silvia, porque yo era muy buena pa' teatro, pa' llorar y cosas así. Y yo hacía como show y por eso me pusieron Silvia, por la actriz Silvia Piñeiro... me pusieron Silvia porque era muy buena pa' actuar, pa' sacarle plata a los hueones. (Silvia)

La relación entre transgenerismo y transexualismo sigue siendo una tensión. Si bien ninguna de las entrevistadas puso la vaginoplastia como un hecho relevante en términos identitarios, sí podemos encontrar dos niveles posibles: un primero, que hace referencia al derecho al placer peneano dentro del contexto de la transformación transgénero y otro, en donde se percibe a la cirugía como complemento a todo el proceso de cambio corporal, sin ello optar, necesariamente a una condición de "mujer".

Todo parte de la situación de mi cuerpo, aunque se modifica un poco, pero lo acepto. Lo que te explicaba: ¿por qué ser transgénero debe significar ser mujer pasiva? (Francisca)

En efecto y como se aprecia en todo el análisis, lo transgénero observa a la mujer fuera de la expectativa de la transformación. Ser mujer es imposible: para las trans entrevistadas lo cultural-masculino permanece como memoria biográfica imborrable e imperecedera. Así el eje articulador del concepto de lo trans se da en el juego entre la inevitabilidad de la memoria de socialización inicial masculina, y la no expectativa de ser mujer sino definirse desde lo femenino, pudiendo incluso existir placer peneano.

No voy a ser mujer operándome, yo soy transgénera porque me gusta penetrar también. (Silvia)

Por ejemplo, te hacen, te hacen tu operación de vagina. Pero nunca al penetrarte vas a sentir acabar, la sensación de una mujer. Esa es una gran mentira. Te dicen, yo he escuchado: "No, sí yo lo hago, yo gozo". Pero, eso es una gran mentira. (Joselyn)

Un factor que sustenta lo anterior es, en la narración del discurso trans, el orden de importancia que podría llegar a tener una eventual cirugía de cambio de sexo. Incluso en las personas que lo ven como un complemento a su transformación, ésta queda relegada a un último lugar siendo prioritaria cualquier otra intervención que favorezca la feminización en campos de lo externo y por lo tanto, de lo público. Esta situación ejemplifica la tensión constante entre el grupo trans que observa lo transgénero con autonomía de la transexualidad o del concepto medicalizado de disforia de género, ya establecido anteriormente.

Porque para mi no es determinante tener o no tener pene para sentirme femenina. Es como adaptarse al medio, nada mas....
(Sandra)

Conclusiones

Las diferentes hipótesis del presente estudio, invitaban a reflexionar sobre los procesos que configuran la identidad de las personas transgénero. De allí, un escenario: ¿Es posible hablar de una identidad trans que supere la visión medicalizada de lo travesti y al mismo tiempo se reconozca más allá de una relación lineal entre la

diferenciación sexual y el construcción genérica? Los resultados de la investigación tienden a situar dicha posibilidad.

Lo transgénero configuraría un espacio autónomo que se distancia de la medicalización entendida como disforia y no referiría al ajuste biológico de la identidad que pretende tradicionalmente la psiquiatría frente al tema de la relación sexo / género. Tampoco estaríamos frente a una identidad basada sólo en la administración de aquellos aspectos vinculados con la externalización de lo femenino, ni tampoco en una relación causal lineal con las identidades sexuales.

En este sentido lo trans se define en una tensión de lo que comprendemos como género: aquellas referencias masculinas tradicionales encarnadas en la sociedad contemporánea en el cuerpo varón y las femeninas en la mujer, logran escapar del límite sexual para desplegarse como discurso que puede ser corporizado en una construcción genérica alternativa. El cuerpo deja de ser un límite restrictivo del género, siendo este último una múltiple, variable y compleja red de convenciones sociales y culturales sobre lo femenino y lo masculino donde el cuerpo actúa como referente de ellas.

Al descorporizar las feminidades de la mujer y las masculinidades del hombre, lo trans reconstruye dichos referentes en una posibilidad siempre inacabada. La transformación emerge en ese espacio: un uso del cuerpo para encarnar lo femenino desde una lectura que no abandona la genitalidad masculina y que al mismo tiempo, no determina dicha genitalidad a que el sujeto trans continúe siendo masculino.

Esta constatación se complejiza al momento de observar la recurrente esencialización de lo femenino. Sea esta denominada como un espíritu, un poder o una disfunción hormonal, para las trans existiría una condición basal de diferencia que fundamenta la transformación más allá de los contextos culturales, tipo de socialización o biografía.

Si se busca una realidad primordialista es porque hay una experiencia cultural que tiende a sexualizar y corporizar el género, siendo entonces esta explicación un relato para la naturalización del fenómeno trans. La "esencia" podría leerse entonces como una condición de ajuste al modelo genérico normativo imperante y que por tanto, entrega una validación a la construcción identitaria.

Si se acepta la evidencia que lo trans emerge desde un proceso de descorporización y recorporización de lo femenino desde lo masculino, es también necesario reconocer que dicho proceso definido como *generización reescrita*, sólo es posible de darse cuando tanto los géneros, los cuerpos y la sexualidad son observados desde la administración cultural.

Este hecho deja abierta la posibilidad a que en otros contextos sociales y culturales lo trans devenga en otras estrategias de generización, menos vinculantes con la reafirmación tradicional y por lo tanto, con un potencial de subversión. No podemos cuestionar, entonces, la viabilidad explicativa de quienes postulan que lo trans es una situación que interpela los esquemas binarios de sexo y género. Las identidades y prácticas sexuales asociadas a lo trans es un ejemplo de lo anterior: su incapacidad de nombrarlas, apela a que el mismo objeto trasciende las capacidades del lenguaje ya generizado.

La incapacidad de observar espacios de inclusión posible ajenos a lo doméstico, el espectáculo o el comercio sexual, sean estos deseados o no por las mismas personas transgénero, quizás no sólo hablen del proceso de la construcción identitaria que experimentan, sino también operen como una referencia –o efecto– de la desestabilización que generan en un orden que sigue operando desde una ficcionalidad reguladora de los cuerpos. Esta investigación abre el camino para identificar aquellos espacios de poder donde lo trans representa lo abyecto y simboliza en definitiva un “potencial transformador” que los sitúa como un campo de investigación. Lo travesti en su inserción funcional en el modelo normativo y su diálogo político, es quizás un ámbito que pueda dar más luces sobre esta perspectiva teórica.

Sólo un acumulado de investigaciones, que releven el estudio de lo trans de manera transdisciplinaria podrán hacer emerger distinciones que complejicen y enriquezcan el conocimiento sobre la construcción identitaria. Mientras, las personas transgéneras seguirán interpelándose desde el margen, en el límite de lo evidente.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, L. E. *Sujeto y Discurso: el lugar de la entrevistada abierta en las prácticas de la sociología cualitativa*, en *Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales*. Madrid, Síntesis, 1993.
- BARREDA, Victoria. *Cuerpos y Géneros Travestidos*. Actas del V Congreso Nacional de Antropología Social. Buenos Aires, UBA, 1995.
- BERGER & LUCKMANN. *La Construcción Social de la Realidad*. Buenos Aires, Amorrutu Editores, 1998.
- BHABHA, H. "El Entremedio de la Cultura", en: *Cuestiones de Identidad Cultural*, Hall y Du Gay. Buenos Aires, Amorrutu Editores, 1996.
- BUTLER, Judith. *Deshacer el género*. Buenos Aires, Paidós, 1996.
- _____. *Cuerpos que Importan*. Buenos Aires, Paidós, 2002.
- _____. *El Sexo en Llamas*. Buenos Aires, Paidós, 1992.
- CALLIRGOS, Juan. *Los caminos de la identidad masculina. Ponencia en Seminario sobre Identidades de género, lo masculino y lo femenino*. Lima, UNIANDES, 1996.
- CARDIN, Alberto. *Guerreros, chamanes y travestis*. Barcelona, Tusquets, 1984.
- CASIELLS, Manuel. *La Era de la Información. Economía, Sociedad y Cultura. Vol. 2. El Poder de la Identidad*. Madrid, Alianza Editorial, 1998.
- CSORDAS, Thomas. *Embodiment as a paradigm for Anthropology*, *Ethos*, Vol. 18. Nº1. pp. 5-47 Marzo de 1990.
- DE DIEGO, Estrella. *El Andrógino Sexuado: Eternos ideales, nuevas estrategias de género*. Madrid, La Balsa de la Medusa – Visor, 1992.
- EKINS, Richard. "Sobre el varón feminizante: una aproximación de la teoría razonada sobre el hecho de vestirse de mujer y el cambio de sexo". En: *Transsexualidad, Transgenerismo y Cultura*, José Antonio Nieto. Madrid, Talasa, 1998.
- ESTEBAN, Mariluz. *Antropología del Cuerpo. Géneros, itinerarios corporales, identidades y cambio*. Barcelona, Ediciones Bellatierra, 2002.
- FERNÁNDEZ, Josefina. *El Travestismo: ¿Ruptura de las identidades sexuales, reforzamiento de los procesos de generización o identidad paradójica?* Tesis de Grado. Buenos Aires, UBA, 2000.
- _____. *Cuerpos Desobedientes*. Buenos Aires, IDAES EDHASA, 2004.
- FOUCAULT, Michel. *Vigilar y Castigar. El Nacimiento de la Prisión*. Madrid, Siglo XXI, 1972.
- _____. *El sexo verdadero. Prólogo a Herculine Barbin, llamada Alexina B.* Antonio Serrano (Ed.). Madrid, Editorial Revolución, 1978.
- GARFINKEL, Harol. *Studies in Ethnomethodology*. New Jersey, Prentice Hall, 1967.
- GILBERTI, Eva. "Transformismo Maternante", en *Revista Actualidad Psicológica*. Buenos Aires, 2000.
- KULICK, Don. *Travesti: Sex, Gender and Culture among Brazilian Transgendered Prostitutes*. Chicago, University of Chicago Press, 1998.
- HERDT, Gilbert. *Introduction: Third Sexes and Third Genders*. New York, Zone Books, 1996.
- HIRSCHFELD, Magnus. *Travestismo*. En: <http://me.in-berlin.de/~hirschfeld>
- IBÁÑEZ, Jesús. *Análisis de la realidad social. Métodos, técnicas de investigación*. Colombia, FCE, 1998.

- LE BRETON, David. *Antropología del Cuerpo y Modernidad*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1995.
- LÓPEZ BARAJAS, Emilio. *Las Historias de Vida y la Investigación Biográfica: Fundamentos y Metodología*. Madrid, UNED, 1998.
- MAFFIA, Diana (comp.). *Sexualidades Migrantes: Género y Transgénero*. Buenos Aires, Seminaria Editora, 2003.
- MEAD, Margaret. *Adolescencia, Sexo y Cultura en Samoa*. Buenos Aires, Editorial Paidós, 1965.
- _____. *Sexo y Temperamento*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1964.
- MERLEAU PONTY, M. *Fenomenología de la percepción*. Madrid, Ed. Planeta-Agostini, 1994.
- MIANNO, Marinella. *Viaje a través de la identidad de los zapotecos del Istmo de Tehuantepec*. Tesis de Maestría en Antropología Social, México DF, ENAH, 1993.
- MONTESINOS, Rafael. *Las Rutas de la Masculinidad. Ensayos Sobre el Cambio Cultural y el Mundo Moderno*. Barcelona, Gedisa, 2002.
- MONTESINOS, Sonia. *Palabra Dichia. Escritos sobre Género, Identidades Mestizajes*. Santiago de Chile, Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales, Colección Libros Electrónicos, 1997.
- NANDA, Serena. *Neither Man Nor Woman: The Hijras of India*. California, Wadsworth Publishing Company, 1998.
- PRECIADO, Beatriz. *Testo Youqui*. Madrid, Espasa, 2008.
- PUJADAS, Juan José. *El Método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Madrid, Cuadernos Metodológicos CIS, 2002.
- RAMOS ESCANDÓN, Carmen (comp.). *El Género en Perspectiva: de la dominación universal a la representación múltiple*. México DF, Universidad Autónoma Metropolitana, 1991.
- RODRÍGUEZ GÓMEZ, Gregorio; Gil Flores, Javier; García Jiménez, Eduardo. *Metodología de la Investigación Cualitativa*. Granada, Ediciones Aljibe, 1996.
- TAYLOR & BOGDAN. *Introducción a los Métodos Cualitativos de Investigación*. Buenos Aires, Paidós, 1996.
- VOORHIES, Barbra. "Sexos Supernumerarios", en: *La Mujer. Un enfoque antropológico*. Madrid, Anagrama, 1978.
- WOODHOUSE, Annie. *Fantastic Woman. Sex, gender and Travestism*. New Jersey, Rutgers University Press, 1989.